

De Perón A Perón

(1955 – 1973)

Cuando Perón Cayó, en septiembre de 1955. había sido presidente de la Argentina durante algo mas de nueve años. En los dieciocho años que transcurrieron entre su caída y su regreso al poder en octubre de 1973, gobernaron diez presidentes. Tres de ellos llegaron al poder por medio de elecciones, dos debido al distorsionado uso de los mecanismos constitucionales de sucesión y los otros cinco como producto del ejercicio de la fuerza. Ninguno -ni los presidentes elegidos ni los de factos- duró demasiado: dos permanecieron en el cargo menos de dos meses; otro, nueve meses; y quien mas estuvo, cayó pocos días antes de cumplir cuatro años. Dentro del periodo de inestabilidad institucional que se había inaugurado en septiembre de 1930 y se cerraría en 1983, el subperiodo 1955-1973 fue el más inestable. Esa inestabilidad se debió, sin duda, al problema que la herencia de Perón presentaba para el orden político de la Argentina: la reconstrucción democrática no podía realizarse con el peronismo pero tampoco sin el. Fueron necesarios esos dieciocho años para que los distintos actores políticos se aceptaran unos a otros. Cuando en 1973 se restauró la democracia, el peronismo ya no era el paria político de 1955 sino un partido mas. Cómo se produjo esa transformación del peronismo, de la actitud de los otros partidos políticos respecto del peronismo y del orden político argentino en los años de gran inestabilidad que mediaron entre la caída de Perón y su regreso al poder es objeto de estudio de este capitulo. La atención se concentra en los problemas políticos y en los principales actores. Eso no significa que no haya habido problemas económicos ni otros actores políticos. Significa sí que el peronismo fue el gran problema político de esos años y que hasta que éste no fue resuelto, no hubo manera de atacar los otros problemas. Este capítulo se divide, aproximadamente, según las presidencias del periodo. La razón de esta división se encuentra menos en la decisión de dar cuenta de los logros o fracasos de cada uno de esos presidentes que en la necesidad de explicar cómo enfrentaron el problema que presentaba el peronismo y su conflictiva relación con los otros actores. En primer lugar se explica, esquemáticamente, cuáles fueron los motivos por los que cayó Perón; a continuación, los intentos efectuados para resolver el enigma peronista; y, finalmente, la resolución del enigma con el regreso de Perón y la integración del peronismo al orden político, y los costos de esa operación.

Perón: La Caída

Perón cayó por tres motivos principales. En primer lugar, por la cuestionada legalidad de la reforma constitucional de 1949 que permitió su reelección dos años mas tarde. En segundo lugar por la falta de legitimidad de su gobierno. En tercer lugar como reacción de la sociedad frente a la expansión del Estado. Los tres motivos están vinculados entre sí. La legalidad del gobierno de Perón no pudo cuestionarse, aun cuando se objetasen sus métodos, hasta la reforma constitucional. El modo se aprobó la necesidad de la reforma hizo que la legalidad subsiguiente fuese rechazada por la

oposición. La legitimidad del gobierno, es decir, su aceptación por los derrotados, se perdió. Perón respondió acentuando la exclusión de los opositores. El cambio de las reglas del juego político por Perón produjo su fortalecimiento en los sectores de la sociedad que lo apoyaban y su paralelo debilitamiento en los sectores que no lo apoyaban. profundizándose la división de la sociedad argentina entre peronistas y antiperonistas. Si todo se hubiese limitado al plano político, ya hubiese sido una complicación tremenda superar esa división, pero el cambio de las reglas de juego también se extendía al plano social. Perón era dos cosas distintas para dos mitades de la sociedad argentina y ambas tenían razón: para la clase trabajadora, como se la llamaba en el lenguaje oficial: Perón encarnaba la "justicia social"; para los sectores medios y altos: Perón había conculcado los derechos civiles manteniendo las reformas de la democracia pero vaciándola de sus contenidos sustanciales. Esto debe remarcar: Perón no cayó por su política económica, con la que la mayoría de la oposición coincidía (especialmente con sus aspectos menos liberales), sino por su incapacidad para llevar a cabo su revolución social, sin alterar los principios fundamentales del orden político democrático. Puede dudarse de la necesidad de alterar éstos para producir aquella, pero así fue como lo llevó a cabo Perón. Un político más sutil de lo que él era por entonces, quizás hubiese logrado producir cambios sociales -Ya que los económicos no-se le cuestionaban- en un contexto de libertad: pero Perón no logro en sus casi diez años de gobierno aprender los rudimentos de la política democrática. Había llegado al poder sin necesidad de aprenderlos,, porque desde su punto de vista la política lo había ido a buscar. Los artificios de la política se habían evaporado ante su sinceridad -a al menos así lo creía- "Denunciar la política suele dar buenos resultados" siempre que no se crea en la denuncia, pero él creyó sinceramente. Durante sus años de gobierno. Perón usó del poder y supuso que de eso se trataba la política. El resultado fue más su fracaso que el de su proyecto: la sociedad argentina podía estar profundamente dividida en 1955, pero su revolución social no era reversible. Las dos décadas siguientes a la caída de Perón estuvieron marcadas, por un lado, por la dificultad de reconstruir las bases de un orden político legítimo; por otro, por la dificultad en reconocer que esas transformaciones sociales eran definitivas.

Tras la caída de Perón, el Estado se retrajo más frente a la sociedad que frente a la economía. Pocos de quienes criticaban la intervención estatal en aspectos sociales antes reservados a la sociedad misma extendían su crítica a la regulación de la actividad económica. Si algún aspecto de ella era criticado, sólo lo era por la corrupción a que había dado lugar, pero ésta era considerada una característica del "régimen depuesto", no de la regulación misma. Parecía que bastaba con usar honestamente los instrumentos de intervención que el Estado había desplegado en la década peronista, para superar los problemas que el país había enfrentado en la posguerra. Lejos de confiar en el restablecimiento de una libertad económica desconocida desde hacía siete lustros, ante la que el mundo mismo aún hesitaba, los gobiernos argentinos de las décadas siguientes siguieron creyendo que el Estado, como si no se encarnara en hombres, era inocente y los hombres,

culpables de que el país no encontrara la ruta de la prosperidad, de la que parecía haber sido desviado sólo por la demagogia del “tirano prófugo”. No fue entonces el disenso en torno de políticas económicas intervencionistas con las que más allá de las diferencias respecto del modo y grado de la intervención todos acordaban, el motivo principal de los desaguados políticos de las dos décadas que siguieron a la caída de Perón. La razón de éstos fue, si el desacuerdo respecto del legado político y social de Perón.

El desacuerdo social no tocaba el fondo de las transformaciones operadas bajo el régimen depuesto en 1955, sino el modo de implementarlas. Ausente Perón: sin embargo esas transformaciones se revelaron demasiado apegadas a un orden político que sí se buscaba alterar para dar fundamento a una nueva era construida sobre un Estado de derecho que suplantara la arbitrariedad y sobre la sustancia, no la forma, de la democracia. Pero ¿cómo fundar un orden tolerante del disenso en la exclusión de ese al que las masas no abandonaban?

Éste fue el dilema de la reconstrucción democrática: un orden político democrático no podía fundarse sin el peronismo, por el apoyo de que aun gozaba entre las masas, ni con el peronismo, por un pasado de exclusión e intolerancia. Este pasado podía parecer semejante a ese presente, pero sólo al precio de omitir un rasgo distintivo esencial mientras que el orden político peronista consagraba la exclusión del adversario transformado en enemigo, el orden político postperonista se basaba en la ilusión de la inclusión del enemigo que debía transformarse en adversario. Allí radica la diferencia de la exclusión anterior y posterior a septiembre de 1955. Antes, los excluidos peronistas eran los recalcitrantes enemigos de una Nueva Argentina que les negaba un lugar y que les prometía hacerles pagar su renuencia con su destrucción personal; después, los excluidos, peronistas, fueron el objeto preferencial de la acción política en un orden basado en el número de votos, que al mismo tiempo que los negaba colectivamente aspiraba a su plena integración individual. Esta incoherencia - la negación colectiva frente a la afirmación individual tan distinta de la anterior coherencia. que negaba colectiva e individualmente al adversario- produjo casi dos décadas de inestabilidad política. Ese nudo gordiano de la política argentina no pudo desatarse a la manera de Alejandro; aunque no faltaron los intentos, éstos sólo revelaron que el dilema de la reconstrucción de la democracia se resolvería paradójicamente con la aceptación de Perón por todos sus antiguos enemigos. ¿Fueron en vano, entonces, los esfuerzos de dieciocho años? Así debe haber parecido a muchos de quienes lucharon para restablecer la democracia, para que ésta resultara en la restauración del dictador. Sin embargo, no fue así: Perón volvió al cabo de dieciocho años, pero no para revivir el pasado sino para consolidar el orden político democrático que comenzó a construirse a su caída.

LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA

Cuando el 20 de septiembre de 1955 Perón se refugió en la embajada del Paraguay para los anti peronistas se cerró una década viciada por la demagogia y el paternalismo, por la chabacanería y la adulación, por el fraude, la opresión para los peronistas, por el contrario, se cerraba una década en la que habían accedido a bienes y servicios antes desconocidos y a un reconocimiento social que excedía la magnitud de los favores materiales. La década peronista había dividido profundamente a la sociedad argentina entre quienes se habían beneficiado por las "conquistas sociales" y quienes aborrecían la ausencia de libertad. Frente a quienes habían sido tocados por la generosidad de la Fundación Eva Perón estaban quienes se sentían abrumados por la omnipresencia del nombre del presidente y de su difunta esposa en estaciones de trenes, calles, ciudades, provincias, y libros de lectura escolares. Frente a quienes gozaban de los beneficios concedidos por el gobierno, como la estabilidad laboral las vacaciones pagas y la jubilación, estaban quienes añoraban una prensa libre. Parecía que el precio de la justicia social había sido la supresión de los derechos políticos y de la libertad civil. La tragedia de las dos décadas siguientes fue que ambas visiones del peronismo eran ciertas para sectores opuestos de la sociedad. Los vencedores querían restaurar la libertad perdida; los vencidos lloraban la pérdida de la justicia social. ¿Cómo superar tal dicotomía en medio de la marea de odio que los ahogaba?

El problema que se presentaba a los vencedores no era que hacer con el peronismo, sino que hacer con sus despojos. Su desaparición se descontaba: la enfermedad debía curarse con la extirpación del agente que la había provocado. El problema no era el peronismo sino cómo rescatar a las masas engañadas por el demagogo para la nueva era de libertad. La tarea de los vencedores se veía magnificada por su propia heterogeneidad. Sólo la euforia del momento podía disimular las profundas diferencias sobre el significado de su victoria. La unión contra el demagogo no garantizaba acuerdo alguno más allá de su disenso se manifestó con la asunción del nuevo gobierno. El general Eduardo Lonardi, jefe de una de las muchas conspiraciones que desembocaron en el levantamiento de septiembre, no duró en la presidencia. Su posición como vencedor de la "segunda tiranía" fue establecida al repetir las palabras del vencedor de la primera: "ni vencedores ni vencidos": Esto anunciaba a los peronistas cierta tolerancia de sus personas, pero no necesariamente de su identidad política; pero a los antiperonistas más aguerridos les mostraba que su lucha no había terminado. El proyecto de Lonardi parecía consistir en quedarse con cuanto había significado el peronismo reemplazando a su cabeza. Falto de fuerzas físicas por la enfermedad que en pocos meses lo llevaría a la tumba y falto de fuerzas políticas por el convencimiento de la mayoría de los vencedores -la Marina y una parte considerable del Ejército surgido de la rebelión- de que el peronismo

debía sucumbir, Lonardi no tardó en ser desplazado. Con él fracasó la tesis de la preservación purificada la primera respuesta al dilema de las dos décadas siguientes: ¿Qué hacer con los seguidores de Perón? Así al menos se plantaba la pregunta para quienes pensaban que el peronismo estaba muerto. Pronto se advirtió que no lo estaba y que era necesario matarlo.

El general Pedro Eugenio Aramburu, el reemplazante de Lonardi en la presidencia, encabezaba la amplia franja que sostenía esa oposición. Ante la evidencia de que el peronismo se resistía a desaparecer, había que proceder a eliminarlo. La enfermedad que representaba el peronismo perduraba tras la erradicación del virus que había sido su jefe. Era necesario entonces recurrir a procedimientos purificadores probados: la desnazificación de Alemania era el mejor ejemplo del camino a seguir con lo que se definía como el fascismo criollo. La suerte de este proceso fue, sin embargo mucho menor en la Argentina que en Alemania. A pesar de la prohibición de publicación de los nombres del “tirano prófugo” de su segunda esposa y de su partido, como también de la difusión de la pegajosa marcha que los identificaba, el peronismo sobrevivió.

Este misterio de supervivencia ha atraído menos atención que el de origen, pero no es menos misterioso. Para explicar la continuidad es necesario atender tanto a las relaciones entre Perón y los peronistas cuanto a las de los antiperonistas con los peronistas. Las primeras explicaciones del origen del peronismo (que de algún modo explicarían su persistencia) fueron esbozadas por Gino Germani, el sociólogo, italiano que había llegado a la Argentina huyendo del fascismo para encontrar poco después lo que otros, pero no él, consideraban su versión local. Germani, contra quienes interpretaban la relación de Perón con los peronistas en términos de demagogia o enfermedad, señaló como ninguno los factores psicosociales que habían operado durante el peronismo. Para Germani, Perón era mucho más que el demagogo que había conseguido el apoyo de las masas: era la manifestación de un fenómeno político (ya que se concentró más en explicar al peronismo que a Perón) que formaba parte del proceso de modernización de la sociedad argentina. Una reelaboración posterior de la tesis de Germani, la de Juan Carlos Torre, explica la duración de ese vínculo inmaterial entre el líder y la masa por la ruptura de la deferencia - el respeto natural de los sectores más bajos de la sociedad por los más altos- opera durante el peronismo. La modernización social y la ruptura de la deferencia, que son dos visiones de la revolución social llevada a cabo por el peronismo, explican al mismo tiempo el origen y la durabilidad de la relación entre Perón y los peronistas. Ese es el factor de rechazo que explica esa relación. Pero también hubo un factor de atracción que se advierte al observar la relación entre peronistas y antiperonistas. Esos antiperonistas cerriles que esperaban desperonizar al país no estaban tan decididos a eliminar todos sus vestigios. El botín político que Perón dejó a su fuga era demasiado atractivo para dispersarlo. Aunque el Partido Peronista había sido prohibido y la CGT intervenida, las estructuras sindicales

quedaron intactas: ese era el botín que todos los políticos querían para sí, para sacar ventaja a los otros en un nuevo orden político que –todos los diferentes integrantes de la coalición victoriosa coincidían- sería de libre competencia electoral. Un observador el corresponsal del Times de Londres, que no tenía arte ni parte en las luchas intestinas, señaló con la ingenuidad de quien vio al rey desnudo que los sindicatos peronistas no estaban siendo destruidos. Los dirigentes que habían tenido cargos sindicales durante el peronismo, muchos miles, fueron excluidos, pero la segunda línea, otros miles, permaneció activa y pudo luego retomar el control de las organizaciones. En la hora más crítica, los antiperonistas fueron víctimas de las consecuencias de la propia decisión de restaurar un orden político competitivo, en el que ese botín en apariencia mostrenco sería el factor decisivo. La ambición de sus enemigos salvó al peronismo.

La instalación del general Aramburu en la presidencia el 13 de noviembre de 1955; inauguro, entonces, una nueva actitud frente a los antiguos peronistas. Ya no se esperaba su preservación en un nuevo movimiento de inspiración católica como querían el general Lonardi y los nacionalistas católicos que lo acompañaban. El general Aramburu creía que los seguidores de Perón, ya sin partido, retornarían a los partidos políticos tradicionales, que competirían libremente por sus votos y los de los demás ciudadanos. La diferencia entre uno y otro proyecto no era menor: mientras que el primero suponía mantener la base social del peronismo en un único conglomerado político, el segundo apostaba a su efectiva disolución en el océano de los partidos preexistentes; mientras que el primero retenía, a los ojos de los otros miembros de la coalición antiperonista, un pronunciado sesgo autoritario, el segundo aceptaba plenamente la competencia. El orden político sin embargo, no podía reconstruirse con quienes le habían negado un carácter competitivo; no podía reconstruirse con un actor político como el peronismo que había dado muestras en el poder de una marcada intolerancia del disenso. El nuevo orden, basado en la aceptación del disenso, no podía incluir, por lo tanto, al peronismo. El drama de los años siguientes fue que el peronismo sobrevivió y, por lo tanto, el orden político tampoco pudo reconstruirse sin él. Entonces sí, cuando el peronismo dio marcadas señales de existencia la pregunta fue ¿qué hacer con el peronismo?

La primera señal de existencia del Peronismo fue la Resistencia. La evidencia es tan parca que cabe preguntarse si realmente existió más allá de las campañas periodísticas alentadas por el gobierno, necesitado de agitar la amenaza del tirano prófugo porque ella era la única garantía de unidad en un conglomerado no sólo heterogéneo sino también inestable. En qué medida la resistencia de cuya desorganización y descontrol da prueba la correspondencia de Jhon W. Cooke, el presunto heredero político de Perón, pudo ser una real amenaza para el gobierno es una pregunta aún sin respuesta clara. Aunque los diarios registran la reacción peronista expresada primero en sabotaje y las primitivísimas bombas que por entonces se llamaban "caños", muy pocos resistentes cayeron en manos de la represión policial –porque las Fuerzas Armadas no se dieron por enteradas- y los escasísimos testimonios de los presuntos protagonistas dejan más

dudas que certidumbres.

Aunque señal de existencia, la Resistencia era políticamente inocua. Ningún grupo de los muchos que parecen haber participado alcanzó una magnitud significativa como para inquietar a las autoridades. Mucho más peligrosa para estas -y el peligro puede medirse por la desmesurada reacción que suscitó- era la amenaza que representaba la inquietud en el seno del Ejército. Esta era la consecuencia natural del modo como se había producido la revolución de septiembre. A diferencia de los golpes de 1943, 1966 Y 1976, en que las Fuerzas Armadas tomaron el poder como institución, preservando las jerarquías internas, la revolución de 1955 no sólo depuso a Perón sino que sacudió la cadena de comando. La Marina, más homogéneamente antiperonista, sufrió menos, pero aun dentro de ella se produjeron situaciones inusuales. En primer lugar, la conspiración organizada por los mandos medios, sólo contó con la adhesión de un miembro del almirantazgo quien se transformó en su jefe y luego en vicepresidente de la Nación. Aunque se preservó la jerarquía, la revolución descabezó a la institución. En segundo lugar, la tensión entre la capacidad técnica y la lealtad política no pudo resolverse de manera satisfactoria. Mucho peor fue la situación dentro del Ejército, donde los triunfadores conformaban un grupo mucho menos seguro de su control de la institución. Las repetidas purgas y, sobre todo, el alzamiento del 9 de junio de 1956, mostraban una turbulencia interna cuyas imprevisibles consecuencias eran temidas por la cúpula de la fuerza y por el mismo gobierno. Los fusilamientos zanjaron la disputa, pero a un precio altísimo. Si pareció necesario pagarlo entonces, sólo puede haberse debido a la necesidad de afirmar el control de la institución frente a los socios desplazados en noviembre del año anterior. Aunque la presencia de muchos peronistas en las filas rebeldes y entre los fusilados hizo que el intento pareciera un episodio más de la Resistencia -y como tal fuese recordado en años posteriores-, Perón no lo creyó así. Molesto, quizá, por una proclama que no lo mencionaba y más aún por la beligerancia de jefes y oficiales que no lo habían defendido en septiembre, en su correspondencia privada Perón dio rienda suelta su ira.

La segunda señal de supervivencia del peronismo estuvo dada por su triunfo en las elecciones de julio de 1957. Estas elecciones no parecen haber sido necesarias. La Constitución de 1949 había sido derogada por decreto, de modo que por el mismo medio podrían haberse introducido cambios en la de 1853. No se entiende por qué el gobierno intentó reformar la Constitución por medio de una convención tal como lo requería el texto de 1853, cuando faltaba el paso previo, la declaración de la necesidad de la reforma por el Congreso, entonces inexistente. Sólo se entiende la necesidad de llevar a cabo alguna elección por la frase con que Américo Ghioldi dejó a ésa caracterizada para siempre: era necesario un recuento globular. Desde la perspectiva de la interpretación prevaleciente del peronismo, que lejos de ser la de Germani seguía siendo la de la enfermedad, era necesario que los partidos políticos antes de lanzarse a la aventura de la restauración democrática, vieran cómo se había reacomodado el electorado Peronista. Era también el ensayo de un

régimen electoral, la representación proporcional, reclamado por los partidos menores y resistido por los radicales, que ya se probaban los ropajes del poder. La diáspora de la coalición de septiembre, sin embargo, hizo que el voto en blanco del electorado peronista obtuviera la primera minoría. Perón -lo decía en los documentos anteriores a la elección- esperaba repetir los resultados de 1951. La pérdida de más de cuarenta puntos porcentuales entre ambas elecciones lo debe de haber tornado escéptico respecto de la lealtad de sus seguidores. Aunque hubiese obtenido la primera minoría, la sangría podía continuar por el exitismo de los votantes y, sobre todo, por la ley del mal menor: ante la ausencia de candidatos propios muchos votarían, seguramente, por aquellos que les fueran menos hostiles. Y había quienes ya estaban en competencia por ganar ese puesto. El ensayo salió tan mal que sirvió para convencer al político que ya había insinuado su vocación por salvar a esas almas perdidas, Arturo Frondizi, que debía asegurar su rescate mediante un pacto con su exilado líder.

Perón, que por entonces residía no del todo cómodamente en Caracas, donde había sobrevivido a un atentado contra su vida organizado por alguna agencia del gobierno argentino, se encontraba entre la espada y la pared. Si sugería a sus partidarios votar por Frondizi, el líder de una de las dos fracciones en que se había dividido el radicalismo, corría el riesgo de que los votos entregados en préstamo no volvieran; pero peor era la alternativa: que la sangría continuara y que el beneficiario de la misma, sin su aquiescencia, fuese el mismo Frondizi, cuyos guiños a la falange peronista eran demasiado obvios -incluyendo el retiro de los representantes de su partido en la convención constituyente. Invocando su apoyo a la derogada Constitución de 1949-. Frondizi nunca aceptó haber firmado un pacto, como si su firma hubiese sido necesaria para que existiese. Hay mejores pruebas: su triunfo se dio por un porcentaje muy similar al que sumaban los obtenidos por los votos en blanco y por su partido. la Unión Cívica radical Intransigente, en la elección de julio de 1957. Y la migración de los votos no fue espontánea, como el hubiese preferido -pero no se animó a correr el riesgo-, sino suscitada por una orden de Perón, recién llegado a Ciudad Trujillo, como se llamaba Santo Domingo bajo el dictador amigo suyo, tras escapar de Caracas, donde otro dictador amigo. Marcos Péra Jiménez. acababa de ser expulsado por la ira popular. Así fue como Frondizi llegó a la presidencia: había ganado, pero para los antiperonistas más furibundos. encabezados por el vicepresidente Isaac F. Rojas, su triunfo era espurio por ese apoyo.

El triunfo de Frondizi hizo que los caños de la Resistencia cesaran pero produjo remezones en el seno del gobierno que esperaba un triunfo de Ricardo Balbín. Una parte, al menos, lo esperaba, ya que los más duros, no encontrándolo suficientemente duro, en los trámites previos a la definición de las candidaturas habían apostado a otro candidato de la Unión Cívica Radical del Pueblo como se llamaba el agrupamiento de tendencias unidas por su común desconfianza a Frondizi La entrega del gobierno a Frondizi el 1° de mayo de 1958 fue una victoria de quienes creían en una democracia real, encabezados por el presidente Aramburu frente a quienes, liderados por el vicepresidente Rojas, creían en una

democracia ideal que la realidad se resistía a producir. Para decepción de unos y otros, el peronismo seguía existiendo, su líder seguía siendo Perón y había sido el factor decisivo en la elección presidencial. La democracia restaurada estaba amenazada por los nubarrones del pasado. La tarea de Frondizi era dar respuesta al enigma planteado: ¿cómo reconstruir la democracia? que en las circunstancias podía traducirse en: ¿cómo reconstruir una democracia sin que fuese perturbada por el peronismo? Frondizi tenía una respuesta.

Frondizi.

La respuesta de Frondizi al problema de la reconstrucción democrática se sintetizaba en dos palabras, integración y desarrollo, que dieron nombre a un partido que creó años más tarde cuando, por divisiones internas, se vio impedido de usar el de la UCR que lo había llevado al gobierno. En sus planes. El desarrollo era la condición de la interacción: de tal modo se tornarían obsoletas las divisiones del pasado y se alcanzaría la integración al orden político democrático (naturalmente en el partido del presidente) de quienes habían votado por él pero de cuya lealtad no gozaba. Esta maniobra debía llevarse a cabo en un contexto de extrema inestabilidad en las Fuerzas Armadas, que desconfiaban del maquiavelismo del presidente. Frondizi parecía regodearse de las dificultades ante las que otros hubiesen retrocedido: mientras que él veía en esa integración de los peronistas la solución del problema del peronismo y de su propio futuro político (su mayoría electoral dependía de esos votos prestados), mentes más simples sólo veían su acercamiento a los partidarios del régimen depuesto y eso les causaba suficiente horror. Las dificultades de Frondizi no se limitaban a la sutileza de la maniobra política ni a la tosquedad de sus adversarios. También en sus propias filas cundía la confusión, sólo aliviada por el hecho de que el poder era un efectivo calmante de las dudas: en su camino hacia la presidencia Frondizi había enfatizado posturas nacionalistas y antiimperialistas que ya en la presidencia resultaron contradictorias con su programa de desarrollo acelerado. Un amplio sector de la juventud, que se había fogueado en las luchas contra la dictadura en la universidad y que lo había acompañado en su campaña, se hundió en la frustración. Aunque en términos puramente numéricos Frondizi hacía bien en arriesgar la lealtad de esos grupos -pequeñas islas en el mar del electorado en pos de la apuesta mayor, que eran el desarrollo y la integración, esos descontentos pronto comenzarían a buscar en otros horizontes la posibilidad de concretar una política transformadora que ya no coincidía con la del presidente. Para ellos, como para otros grupos juveniles de los viejos partidos de izquierda, cuyo caudal electoral había resultado mucho más modesto que sus proyectos, la restauración democrática les había deparado su primera frustración política.

Salvo para el partido victorioso, la restauración democrática resulto frustrante: para los militares, por el peso electoral de los peronistas; para los radicales del pueblo, porque se sentían los herederos naturales de un proceso de

purificación política que ahora veían abruptamente interrumpido; para los peronistas, porque el apoyo a Frondizi no produjo todas las consecuencias esperadas. En cierto sentido, el voto a Frondizi se había debido a que era el mal menor frente a los gorilas que debían ser castigados. Pero como ese apoyo no se había producido naturalmente sino por un pacto -la orden de Perón llegó efectivamente a las bases- era razonable esperar una contraprestación. La capacidad de Frondizi de hacerla efectiva, aun en el caso de que lo hubiese intentado, estaba limitada por su precaria relación con los militares, siempre dispuestos a ver el renacimiento del monstruo peronista dentro de su gobierno. También lo limitaba la militante oposición del otro radicalismo, que servía de marco político para los reclamos militares.

Frondizi fracasó en su intento de integrar al peronismo por medio de un acelerado desarrollo económico. Los desequilibrios financieros provocados por su política económica lo obligaron a buscar caminos menos heterodoxos. Símbolo de tal cambio fue la caída del ideólogo de su política económica y principal asesor. Rogelio Frigerio, y el ascenso de economistas menos amigos de la inflación. Frondizi falló al creer que encontraría una solución económica para el principal problema político, pero también fracasó en el plano específicamente político. Su política de integración de los peronistas (no del peronismo como tal), para ser creíble requería otorgarles cierto margen de acción. Los peronistas, empeñados en aprovechar esos espacios para reconstituir al peronismo, poca tregua dieron al gobierno. La prohibición de organizarse políticamente enfatizó el papel de los sindicatos, que tras la normalización iniciada por el gobierno anterior, habían caído mayoritariamente en manos de la segunda línea de dirigentes peronistas. Antes de finalizar el primer año de gobierno, Frondizi debió hacer frente a huelgas que cuestionaban aspectos de su política económica y, en conjunción con ellas, la reaparición de la práctica que había caracterizado a la Resistencia: los caños. La nueva ola que comenzó a principios de 1959 fue menos espontánea que la ocurrida entre fines de 1955 y comienzos de 1958. La gran diferencia fue el respaldo a esa acción de los sindicatos controlados por los peronistas, que podían así enfrentar al gobierno con su propia política de golpear y negociar. En ese terreno desconocido, que poco a poco ganaban los sindicatos en su exploración cotidiana de los límites de su poder, comenzó a surgir un gran estratega. Augusto T. Vandor, fogueado en esos años, fogueado en esos años, se transformaría en poco tiempo más en la principal amenaza del poder y en la principal amenaza de Perón.

Tras el fracaso de su política de integrar al peronismo. Frondizi intentó su jugada más arriesgada: convertirse en el freno del peronismo para los gorilas y en el freno de los gorilas para el peronismo: De ese doble significado esperaba cosechar resultados doblemente favorables, una herencia menos pesada, quizás hubiese tenido éxito en su maniobra pero los militares estaban poco dispuestos a jugar con ese fuego. Por obra de los sindicatos del neoperonismo y, ¿por qué no? de Perón mismo, los peronistas se habían reencontrado en el peronismo. Aunque no pudiesen votar directamente por sus

candidatos, por mantenerse la prohibición establecida a comienzos de 1956 en el marco de la desperonización, habían encontrado en los pequeños partidos neoperonistas un vehículo para su expresión electoral. Pero el eje de la reconstruida identidad peronista estaba en el sindicalismo: los dirigentes que construyeron el podes por sus propios medios, no los sumisos de la década peronista, fueron quienes transforman a los sindicatos en la columna vertebral del peronismo. El reconocimiento de tal condición llegó con las elecciones de marzo de 1962, cuando el candidato del peronismo a la gobernación de Buenos Aires fue un sindicalista, Andrés Framini.

Frondizi efectivamente fracasó, pero no puede decirse que le tocara enfrentar problemas nimios, ni que pensara en soluciones simples. Antes de cumplir un año en el gobierno se produjo, lejos del país, es cierto, un hecho nuevo -en el lenguaje de Perón- que influiría en la política de todo el continente: la Revolución Cubana. El enfrentamiento de Cuba con los Estados Unidos creció a lo largo del segundo año de la presidencia de Frondizi, e hizo crisis casi al comenzar el tercero, en abril de 1961, cuando se produjo la invasión de los anticastristas en Bahía de Cochinos. Las profundas transformaciones que se estaban llevando a cabo en Cuba eran un imán para la atención de los muchos frustrados, especialmente entre la juventud, que había dejado el brusco cambio de programa de Frondizi al inicio de su periodo. Pero, por otro lado, el creciente acercamiento a la Unión Soviética y los mal disimulados intentos de exportar la revolución a América Latina abrieron un nuevo frente para los Estados Unidos, que de atender a la guerra fría solamente en la lejana Europa, ahora debía enfrentarla a pocos kilómetros de sus costas. Frente a la Revolución Cubana jugó así un papel crucial en la política interna, ya que el intento neutralista de Frondizi fue visto por los militares como una defección frente al peligro comunista. Este podía parecer remoto a quien mirase solamente el mapa, pero en esa Tercera Guerra Mundial en que el campo de batalla era la mente, las distancias no existían. Las ideas circulaban sin poder ser detenidas y, con la ayuda de Cuba, armaban los brazos juveniles de una izquierda en crisis. El peligro se magnificaba en la Argentina por la falta de resolución del problema del peronismo. Ya no bastaba con apelar a los peronistas, esperando su purificación o su integración natural al orden político: su identidad política había sobrevivido y era necesario dar una respuesta que aceptara esta realidad. La Iglesia la había aceptado y destacados pastores actuaban en consecuencia, acercándose al peronismo, olvidando los agravios de 1954 y 1955. Pero con todo el peso que puedan haber tenido la Iglesia o los partidos, las Fuerzas Armadas conservaban más poder que otras instituciones.

Las Fuerzas Armadas, sin embargo, comenzaron un debate interno que tras la caída de Frondizi se dirimió con los tanques en la calle. Mientras un grupo que luego se denominó "colorado", no cejaba en su cerrado antiperonismo, otro, luego llamado "Azul", aunque no era menos antiperonista, veía un peligro mayor que el peronismo por sí mismo: la conjunción de Peronismo y Castrismo. Aquellos seguían apostando a la cada vez mas remota posibilidad de la

desaparición del peronismo; estos, aceptando la evidencia de su supervivencia, creían necesaria una solución –que no sabían cual era- que impidiera tal convergencia. Aunque estos grupos solo se definieron nítidamente con los enfrentamientos de septiembre de 1962 y abril de 1963, las dudas se habían generado en los años anteriores. A esas dudas se debió la aclaración militar que culminó con el derrocamiento de Frondizi.

Guido

Aunque una versión popular supone que la maniobra que permitió la asunción de la presidencia por José María Guido, el presidente provisional del Senado (quien, por la renuncia de Alejandro Gómez a la vicepresidencia a fines de 1958, era el primero en la línea sucesoria) se debió a un miembro de la Corte Suprema. Tulio Oyhanarte, la paciente reconstrucción de Robert Potash muestra que la mano de Frondizi diseñó también su sucesión. Los militares, por mucho que resistieran a Frondizi, dudaban en eliminar esa frágil democracia con cuya práctica podían disentir pero a la que su pasado antiperonista obligaba a respetar como idea. Es posible que al dar la solución para su reemplazo Frondizi quisiera equipararse a otros presidentes derrocados, como Yrigoyen y Perón (no debe de haber pensado seguramente en Ramón Castillo); o que ante la evidencia del disgusto de los militares, intentara con su sacrificio ganar apoyo popular en el futuro; o aun que, al no renunciar, pudiera ser llamado nuevamente al poder por esos militares tan confundidos, como había sucedido casi cuatro décadas antes con Arturo Alessandri en Chile. Cualesquiera fuesen los motivos de su decisión, Frondizi nunca pudo sacar provecho de ella. Se mantuvo activo en la política argentina por muchos, pero su estrella nunca volvió a brillar.

De manera para el completamente inesperada, Guido accedió a la presidencia sin haberla buscado. El no estaba en la conspiración contra Frondizi y, siendo un hombre de partido, no pudo haberla aceptado sin la anuencia del ex presidente. Su misión fue, entonces, salvar los restos del naufragio para reconstruir el orden político democrático cuando se encontrase una solución para el enigma peronista. Si los militares acentuaban su antiperonismo, era probable que Frondizi (o su candidato, si el viese impedido de participar en la reconstrucción democrática) pudiese volver a ser para los peronistas el mal menor. La sorpresa fue que en los enfrentamientos de 1962 y 1963 prevalecieron los Azules, quienes buscaban una solución para el problema del peronismo con harta reticencia pero sin la cerrazón de sus antagonistas. Como consecuencia de esos enfrentamientos, que marcaron el pico mas alto de la inestabilidad política en las casi 6 décadas de crisis de la democracia, el peronismo perdió sus características mas virulentas a los ojos de sus antiguos rivales.

Los militares veían el peligro de una convergencia entre el peronismo y castrismo, pero algunos políticos (uno al menos,

Ricardo Balbín) veían el peligro de que la irresolución del problema del peronismo condujera a la autonomía militar.

Desde ese punto de vista si no se encontraba esa solución, los militares podían pensar en buscarla por si mismos, sin la intervención de los políticos. Es posible que pocos compartieran el temor de Balbín, pero al menos el dio muestras claras de ya había roto con su pasado al sentarse con el representante de perón, a comienzos de 1963, en la Asamblea de la Cívica, el primero de muchos intentos de fortalecimiento de los partidos políticos como pilares del orden democrático. Ciertamente es que en tal ocasión el representante de perón era – a pocos meses de la provocación que constituyó la candidatura de Frumín a la gobernación de Buenos Aires- una persona impecable, el neurocirujano Raúl Matera, que unía a su prestigio profesional 3 cualidades claves: su cercanía con la iglesia, su inocencia política y un pasado ajeno en cuanto a los gorilas aborrecían al peronismo. Pero todas sus cualidades no podían disimular para ellos el hecho de que era, en efecto, el representante del tirano prófugo. Aun cuando la declaración con que se cerró la Asamblea de la Cívica no marcó el sendero por el que se transitaría la política argentina en los años siguientes, si se señala que a diferencia de los militares que aun distinguían entre peronistas y peronismo, algunos antiguos adversarios aceptaban al peronismo tal cual era, liderado por Perón. Este peronismo, sin embargo, y a pesar de muchos de sus dirigentes locales, buscaba distanciarse de un pasado que lo condenaba, enfatizando, como lo hacía Matera, su condición de partido popular y democrático. Era perón quien detrás del neurocirujano manifestaba una vocación electoral que no podía pasar desapercibida por los radicales. Para algunos radicales, al menos, ya que entre ellos se contaban tanto los que aceptaban al peronismo por que habían visto un mal mayor y quienes, ciegos a ese mal que años más tarde los devoraría, no podían aceptar que el peronismo fuese nada distinto de cuanto había sido en el gobierno. De este sector surgió el candidato presidencial del radicalismo para Arturo Illia, el vencedor de las elecciones de julio de 1963 la magra cosecha de su partido no fue obstáculo para gobernar como si hubiese recibido un claro mandato en las urnas. Lejos de reconocer que uno de los actores principales había sido proscrito y que su triunfo se debía al apoyo en el Colegio Electoral de fuerzas muy diversas, que quizás se volcasen más por la gobernabilidad que por un candidato, intentó gobernar como un triunfador en una democracia consolidada. Su gobierno fue el de su partido, o peor aun el de una fracción de su partido, aquella que ignoraba al peronismo y el problema que su mala integración al orden político planteaba para la frágil democracia reestablecida. Desde esa perspectiva, la integración del peronismo al orden político se produciría, por omisión, a través de los partidos neoperonistas. De hecho, había en el congreso una pequeña representación de esos partidos, como producto de los desencuentros de los diversos planes políticos que los militares consideraron durante el gobierno de Guido. Uno de los más imaginativos políticos de ese año de emergencia, el 2 veces ministro del interior Rodolfo Martínez, había visto que un cambio en la ley electoral, de la lista incompleta preferida por los radicales a la representación proporcional

preferida por los partidos menores, reducía notablemente el peso total del peronismo y, por consiguiente, el problema de su integración al orden político. Víctima de la confusión de los militares, que no se resignaban a que el peronismo fuera lo que era, no fue el quien condujo el proceso de restauración democrática, pero su propuesta fue finalmente adoptada. Así, en la nueva Cámara de Diputados había un grupo no demasiado grande, pero visible, de representantes neoperonistas. Estos, después de todo, eran beneficiosos para los planes de los militares más duros que habían conseguido la proscripción del peronismo y de los partidos que lo representaban demasiado directamente. Ya desde las elecciones de 1958 se había alentado la diáspora provincial para quitar al líder exiliado el control de los votos de muchos de sus partidarios. En las elecciones de 1963, estos partidos, encabezados por sus jefes provinciales, habían jugado el papel del mal menor. Esos jefes provinciales, no obstante habían adquirido cierta autonomía frente a perón, cuya vocación electoral anticiparon en su propio favor. No había, sin embargo, representantes de la principal corriente en la que se encolumnaba el peronismo detrás de Perón, que tras la proscripción del Frente Nacional y Popular había decidido votar en blanco. La representación proporcional había servido, con todo, como una vía de integración del peronismo. Parecía que sólo había que dejar que continuara operando para que la magia de la democracia diluyera la amenaza de ese actor todavía inestable.

Los años de proscripción y los distintos intentos de integración parcial habían tenido consecuencias dentro del peronismo. Por un lado, ante la debilidad del sector político, que se veía impedido de operar plenamente, surgió otro que operaba casi sin restricciones: el sindicalismo. Por otro lado, Perón había descubierto la técnica de conducción pendular que le permitiría mantener el control de su movimiento a la distancia: el apoyo a todos y a ninguno, la media palabra, jugar -como él decía- al padre eterno: bendiciendo a todos por igual. Estas dos fuerzas eran contrapuestas. Mientras que el sindicalismo actuaba dentro del país y necesitaba acumular reservas para la confrontación política interna y externa, Perón estaba fuera del país y necesitaba disgregar a todos los sectores internos que pudiesen desarrollar su propia base de poder. El choque era inevitable, pero cuando se produjo tuvo consecuencias inesperadas.

El sindicalismo se había reorganizado y desarbolado tras la caída de Perón, sin su intervención. Poco podía hacer el exilado sino consentir a los dirigentes que invocaban su nombre como principal fuente de legitimación. Perón estaba lejos y el tiempo jugaba en su contra: el sindicalismo necesitaba afirmar su poder en el país e independientemente de Perón. Al menos eso le pareció necesario a Vandor, el más capaz de los dirigentes sindicales surgidos en la etapa posperonista. Como parte del intento de expansión de su poder interno lanzó en 1964 un plan de lucha. Éste era una enorme movilización con un fin en apariencia meramente económico. Vandor, sin embargo, consiguió el poder que buscaba. Para no dejar dudas de que ese poder era suyo debía probar que Perón no podía volver. Ese mismo año se lanzó una campaña anunciando el retorno de Perón. El intento se produjo en diciembre y, naturalmente, fracasó. El gobierno se

las arregló para que Perón fuera devuelto desde Río de Janeiro a Madrid. Esa era la prueba que faltaba para que Vandor consolidara su poder. Las elecciones legislativas del 14 de marzo de 1965 marcaron la concreción de su triunfo: controlaba el Partido Justicialista, la representación en el Congreso, y naturalmente a los sindicatos. Vandor había ganado pero a costa de hacerse de poderosos enemigos.

La gloria no le duró mucho. En octubre de ese año, a diez meses de haber bloqueado el retorno de Perón, su tercera esposa, María Estela Martínez, conocida como "Isabel", llegó al país en una misión de "paz y conciliación", cuyo objetivo real era destruir el poder que Vandor había acumulado. En esto ganaban tanto Perón como el gobierno, que fingió ignorar las actividades de aquella. Su presencia logró en poco tiempo quebrar el dominio de Vandor sobre el partido y dividir sus fuerzas tanto legislativas como sindicales. En abril de 1966, a seis meses de su arribo, consiguió que su candidato postergara al de Vandor en las elecciones para la gobernación de Mendoza. María Estela Martínez se limitó a seguir el libreto escrito por Perón. No necesitaba hablar: como el poder de Vandor dentro del peronismo se había creado por métodos no siempre sutiles, que habían dejado muchos disconformes en el camino, estos hicieron de su debilidad la fortaleza de ella.

Illia había llegado al gobierno como consecuencia de la decisión de los oficiales azules de llevar a cabo las elecciones y retirarse del poder que ejercían detrás de Guido. Para esos oficiales la restauración democrática era indispensable para implementar la parte de su programa que requería la integración del peronismo al orden político; pero no daba por sí misma ninguna solución a ese enigma. El intento de Vandor era negativo para ellos en cuanto había vulnerado el orden público más allá de lo tolerable, pero era positivo en cuanto buscaba consolidar un peronismo sin Perón. El fin del proyecto autónomo de Vandor terminó con la paciencia de los militares. Ante un gobierno que no daba respuesta al problema del peronismo y que permanecía pasivo ante lo que veían como el avance izquierdista en la universidad, los militares se sintieron obligados a tomar nuevamente el poder.

LA REVOLUCION ARGENTINA.

El 28 de junio de 1966 se produjo el segundo golpe de estado institucional. Las Fuerzas Armadas, como institución, tomaron el poder. Para evitar los enfrentamientos de su experiencia anterior, durante el gobierno de Guido, esta vez decidieron alejarse del gobierno, dejándolo en manos de un presidente al que le concedieron total autonomía. La llegada a la presidencia del general Juan Carlos Onganía, el jefe azul triunfante, en los enfrentamientos de 1962 y 1963 tenía por objeto recomponer lo que los militares veían como orden político maltrecho, dando respuesta al problema, del

peronismo.

El autoritarismo golpeó doblemente a la democracia. Por un lado, mediante la postergación indefinida de la actividad política, hasta que se cumplieran los "tiempos" económico y social con que el nuevo gobierno intentaba dar solución, a la larga, al problema de la integración del peronismo; por otro, mediante la justificación que proveyó a quienes incubaban la violencia a la que sucumbiría la siguiente restauración democrática.

Entre mediados de 1966 y principios de 1969, salvo episodios menores, el país parecía tranquilo, tanto desde el punto de vista político, debido a la prohibición de la actividad de los partidos, como desde el económico, por el aparente éxito del ministro Adalberto Krieger Vasena en contener la inflación. La tranquilidad, pronto se advirtió, era una ilusión. Onganía debía mantenerse aislado de la presión de las Fuerzas Armadas, pero se aisló demasiado de ellas y del resto de la sociedad. Su visión mesiánica del poder y su falta de respuesta a los problemas que lo habían puesto en el allanaron el camino hacia su fracaso. A falta de una solución, el gobierno de Onganía se transformó en un problema: la democracia se había pospuesto indefinidamente.

La prohibición de los partidos obligó a los distintos sectores de la sociedad a defender sus intereses por sus propios medios. Desde fines de 1966 se produjeron enfrentamientos entre el gobierno y los sindicatos, que rechazaban distintos aspectos de la política económica. Los sindicatos reaccionaban ante los intentos de racionalización de áreas de la economía en la que la acción del Estado, iniciada en los años treinta, ampliada bajo el peronismo y mantenida por los gobiernos que lo sucedieron, ya se había probado ineficiente. El gobierno podía tratar con mano dura a los sindicatos, pero la misma ausencia de actividad política impedía la formación de un consenso que no se obtuvo sino décadas más tarde. Además de los sindicatos, los estudiantes universitarios también reaccionaron, pero en este caso contra la excesiva intervención del gobierno. El fin del autogobierno de las universidades y la prohibición de la actividad política también dentro de ellas alentó a buscar soluciones, a veces para problemas triviales, a través de la acción y no de un diálogo que ya se sabía era rechazado por el gobierno.

Obreros y estudiantes, que ya habían cocinado con el gobierno en esos años de aparente tranquilidad, se unieron en Córdoba a fines de mayo de 1969 en una acción colectiva que produjo el fin de la utopía de los "tiempos" el "Cordobazo", como desde el comienzo se llamó a la reacción cuyas consecuencias fueron tanto o más impactantes que las del Bogotazo dos décadas antes, se produjo de un modo tal que aun se debate su grado de preparación y de espontaneidad. Quienes reclaman de algún modo esa herencia enfatizan uno u otro aspecto según se acomode a las peculiaridades de su imaginación política. No hay duda de que algunos sindicatos y agrupaciones universitarias contribuyeron a la organización de las primeras instancias, y tampoco parece haberla de que los grupos todavía anónimos que se preparaban

para otro tipo de violencia puedan haber participado una vez que la ciudad quedo sin control. Las sospechas de que el ejercito dejo hacer, sin embargo, absteniéndose de actuar ante el peligro de alteración del orden publico, por que su jefe esperaba cosechar los resultados políticos del desorden, todavía se esgrime como una acusación contra el por los nostálgicos de esa experiencia autoritaria. El nuevo comandante del Ejercito, el general Alejandro Agustin Lanusse, a quien el presidente había designado en tal posición a mediados del año anterior, quizás no haya encontrado otro modo de hundir el proyecto autoritario que demorando la intervención de sus tropas, pero es ingenuo atribuirle el fracaso de se proyecto, que a tres años de su inicio seguía sin dar respuesta a los problemas que le habían dado origen. Tras el cordobaza, Onganía se demoro en la presidencia un año, que mostró el paradójico resultado de un autoritarismo debilitado, de un gobierno que subsistía porque sus mandantes, las Fuerzas Armadas, todavía no habían encontrado la manera de reemplazarlo.

No se habían apagado aun los ecos del cordobaza cuando el país fue sacudido por el primero de muchos asesinatos políticos que seguirían. Pero entonces fue un relámpago en el cielo azul: un mes después del cordobaza, en una operación de tipo comando, Vandor fue asesinado. Las conjeturas acerca de su muerte siguen vivas. Dos años después se la atribuyó una organización guerrillera desconocida que sólo habría llevado a cabo esa acción y catorce meses después el asesinato de otro prominente sindicalista. José Alonso. Aunque la "burocracia sindical" se transformó, poco más tarde en el principal enemigo de Montoneros, cuyos seguidores careaban amenazantes que a otros sindicalistas les pasaría "lo que te pasó a Vandor" (y a muchos, efectivamente, les pasó), las debilidades y contradicciones del relato de los asesinos deja las dudas en pie. Los amigos de Vandor, aun cuando después debieron soportar el embate de quienes decían ser sus asesinos, no dejaron de sospechar del gobierno. Pero ¿se le puede negar la culpa a quien la reclama?

Casi lo mismo puede decirse del asesinato de Aramburu, que conmovió al país un año más tarde. Entonces más que general y a un político, a quien se veía como el puente entre un gobierno militar sin destino y la plena restauración democrática, Aramburu fue secuestrado y asesinado a fines de mayo de 1970 por una organización hasta entonces desconocida, Montoneros, que justificaban su acción por la venganza de los fusilados de 1956. Los amigos de Aramburu no podían creer que el designio de sus asesinos estuviese ligado al papel que el general había jugado entonces y no al que le esperaba en el futuro inmediato.

El asesinato de Aramburu no evitó la caída de Onganía, pero sí quizás una transición menos disputada hacia la democracia. Tras un breve interinato del general Roberto Marcelo Levingston, destacado en la Jerarquía azul pero desconocido del público, quien sucumbió en nueve meses por demorar una respuesta clara al problema de la transición democrática, el comandante del Ejército, el general Lanusse se hizo cargo de la presidencia en marzo de 1971, tras un

nuevo estallido de la ira popular en Córdoba, menos espontáneo que el anterior. Que la presidencia no estaba en sus planes lo demuestra el hecho de que diera un paso al costado en junio de 1970. Se tenía por un hombre de acción, no por político, por lo que estaba más dispuesto a comandar la retirada militar que el proceso de transición. Las circunstancias -el asesinato de Aramburu, el fracaso de Levingston- le impidieron elegir.

LANUSSE.

Cuando Lanusse tomó la presidencia, en marzo de 1971, las amenazas que los militares habían tratado de eliminar al tomar el poder en 1966 se habían transformado en realidad. Por un lado, por obra de ellos mismos; por otra como resultado de fuerzas que operaban autónomamente. Los militares habían contribuido al clausurar la política, pero al mismo tiempo, una sed de cambio atacaba a América latina y al mundo. El Cordobazo sucedió pocos meses después de las convulsiones juveniles que sacudieron el mundo en 1968. Y no sólo juveniles: ese fue el año de la ofensiva del Tet y de la primavera de Praga. El fracaso del comunismo soviético en Checoslovaquia parecía confirmar que el camino de la revolución pasaba por los movimientos de liberación nacional. La derrota de Guevara en Bolivia en 1967 sólo era el fin de una forma de guerra, la guerrilla rural, pero desde fines de 1966 había salido a la luz otro método, la guerrilla urbana, que los Tupamaros estaban perfeccionando en el Uruguay.

Para los jóvenes que estaban llegando a la política a mediados de la década del sesenta, la total clausura de esa actividad por el gobierno Onganía fue una invitación a buscar el poder por otros medios. Los peronistas tradicionales, con Perón a la cabeza, estaban ya muy lejos de aspirar a la toma del poder por la violencia. La primera ola de violencia peronista, la Resistencia, había terminado con las elecciones presidenciales de 1958; la segunda ola, la Segunda Resistencia, que se había iniciado a fines de 1958, cuando los sindicatos comenzaron a chocar con el presidente Frondizi, había terminado, por un lado, por el éxito de la represión instrumentada de acuerdo con el Plan Conintes en 1960 y por otro porque los sindicalistas advirtieron cuanto podían perder si continuaban apoyándola. Desde entonces, ni Perón, ni los sindicalistas, ni los políticos peronistas apostaban a un retorno violento. Si lo hubiesen hecho, mal pueden entenderse las grandes maniobras electorales que sucedieron entre fines de 1961 y principios de 1966, con una creciente participación del peronismo y un creciente protagonismo de Perón. Sólo ínfimos grupos marginales del peronismo, sin mayor trascendencia continuaban pensando en la violencia. Esos pequeños grupos pronto encontraron en otros ámbitos una repercusión que no tenían en el peronismo.

El fantasma de otra violencia distinta de la del peronismo recorría América Latina desde comienzos de la década del sesenta. La Revolución Cubana era el modelo para la generación de universitarios que irrumpía en la política en esos

años. Así como en las dos décadas anteriores el activismo universitario había estado marcado por el antiperonismo, en la década del sesenta aquella revolución dejó en él una huella profunda. Una nueva generación de activistas fue conmovida por la propuesta de llevar a cabo una revolución inmediata, para la que el modelo cubano suministraba una receta menos laboriosa que la soviética y en apariencia menos ligada a intereses externos. En la Argentina se habían producido dos intentos guerrilleros fallidos: uno a fines de 1959 y comienzos de 1960 el nunca aclarado misterio de los Uturuncos (cuyos rastros se difuminan tanto como para pensar que se trató de una operación similar a la de los submarinos avistados en la Patagonia durante la presidencia de Frondizi) que atacaron una comisaría en Santiago del Estero y huyeron para no ser vistos jamás; otro a fines de 1963 y comienzos de 1964, el foco establecido por el Ejército Guerrillero del Pueblo, un emprendimiento manipulado a la distancia por el Che Guevara. Pero fue durante los años de Onganía que se incubaron las organizaciones guerrilleras cuya actividad marcó de manera tan decisiva casi toda la década del setenta. En 1968 se produjo un último intento de establecer una guerrilla rural, que sucumbió sin mayor trascendencia aparente en Taco Ralo, Tucumán, casi al mismo tiempo en que en Buenos Aires moría John W. Cooke, un político tradicional afectado por su experiencia en el exilio y en la clandestinidad, que tras su residencia en Cuba se había transformado en el solitario y frustrado ideólogo del encuentro entre el foquismo cubano y las masas peronistas. Estas se mantuvieron alejadas del foquismo, pero muchos de los nuevos revolucionarios comenzaban a considerarse peronistas.

En 1970, entonces, con el surgimiento de Montoneros y muy poco más tarde de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), la pesadilla se volvía realidad: la guerrilla peronista parecía la síntesis temida por los militares desde hacía diez años. Montoneros tenían su imagen en el fermento que se estaba produciendo en el seno de la Iglesia desde principios de los sesenta. Jóvenes católicos, tanto ordenados como laicos -estos más jóvenes que aquéllos-, transitaban senderos que comenzaron por la acción social y terminaron en la violencia. Símbolo de esos años y también de las contradicciones que la prédica de la violencia presentaba a los miembros de la iglesia, fueron el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y su figura más visible fue el padre Carlos Múgica. El Movimiento surgió en 1967 y se deshizo en 1973 por los enfrentamientos políticos y doctrinarios internos. El padre Múgica, que consecuente con su visión del peronismo como la expresión política de los pobres, se había alejado de los Montoneros y de la violencia, fue asesinado en mayo de 1974. Nunca se supo quién lo mató, pero el manto de sospecha que cubrió a sus antiguos discípulos aún no se ha disipado. Las FAR tuvieron su origen en los grupos de jóvenes comunistas que estuvieron vinculados de algún modo con el intento de Guevara de establecer un foco en Bolivia. A su muerte, en octubre de 1967, a esos grupos les quedó la opción, en sus propias palabras, de transformarse en "una patrulla perdida en el espacio de la lucha de clases" o mirar hacia la realidad nacional. Optaron por lo segundo y se declararon peronistas. Otro grupo, el Ejército

Revolucionario del Pueblo (ERP) -conducido, según su ficción, por el Partido Revolucionario de los Trabajadores- había surgido de uno de los sectores del trotskismo. El ERP, que al igual que las otras organizaciones había comenzado a operar solapadamente en 1969, también inició sus operaciones abiertas en 1970.

Al llegar Lanusse a la presidencia, entonces, había dos caminos para enfrentar a la guerrilla: uno, puramente militar; el otro, político. El camino militar era el señalado hacía más de: una década por los oficiales franceses, frescos de la experiencia de Argelia, que habían introducido en la Argentina la doctrina de la guerra contrarrevolucionaria. Ese camino, que implicaba destruir a las organizaciones guerrilleras rápida y drásticamente, era peligroso porque tales métodos tendrían un costo político. Este podría ser más alto aún si no se resolvía antes el problema que el peronismo había presentado al orden político desde 1955 y que, tras el fracaso de Onganía, era hora de resolver. La opción entre el camino militar y el político era difícil, pero Lanusse y los comandantes de las otras fuerzas se decidieron por el segundo. Paradójico, si se piensa que se trataba de militares; bastante menos paradójico si se considera la historia política de esos militares a quienes su compromiso con la democracia había llevado a derrocar a Perón, sólo para verse obliterando la democracia una década más tarde.

Había una dificultad en ese camino y como desde hacía dieciséis años, esa dificultad era Perón. Su electoralismo de 1961-1966; la coincidencia con sus antiguos adversarios en la Asamblea de la Civilidad; la negociación implícita o explícita con el gobierno radical que permitió la larga visita de María Estela Martínez al país para derrotar al enemigo común, Vandor; el llano compartido desde julio de 1966: esos fueron los factores que llevaron a los contactos directos entre el sector mayoritario del radicalismo del pueblo y el elixiado. Aquello que Balbín temía en 1962, la autonomía militar, se había producido finalmente con Onganía y Levingston. En ese punto, durante la breve presidencia de este último, salieron finalmente a la luz aquellos contactos. Peronismo y radicalismo unidos reclamaron a fines de 1970 el pleno retorno a una democracia que entonces ambos aceptaban y sobre cuyo significado, por fin, concordaban. La hora del pueblo, el agrupamiento de los dos grandes partidos con algunos socios menores, significó el definitivo reconocimiento de la comunidad política de que el peronismo, encabezado por Perón, era uno de sus legítimos miembros.

Lanusse, el hombre de acción a quien las circunstancias pusieron a obrar de político, tenía su cuenta personal con Perón: cuatro años de cárcel en el sur por su participación en el alzamiento de 1951. Más importante, sin embargo, que esa cuenta era la mala gana con que Lanusse (y, quizá, los altos mandos de las Fuerzas Armadas) había llegado a la conclusión de que Perón era necesario para reconstruir la democracia y que ésta era la mejor barrera contra la expansión de la guerrilla. Era necesario, por lo tanto, garantizar la salida democrática obteniendo la condena de la guerrilla por Perón. Las negociaciones en tal sentido, sin embargo, fracasaron. Perón, obtenidas ya sus credenciales democráticas por el reconoci-

miento de sus pares, no estaba dispuesto a facilitar la retirada del poder a los militares. Consecuentemente, no condenó a la guerrilla. Quizá por rencor hacia sus antiguos subordinados; quizá porque confió en su propia capacidad para manipular a quienes a poco andar llamaría “jóvenes imberbes”; quizá porque el secreto de su éxito en el exilio era aceptar a todos los que quisieran seguirlo, tras fracasar las negociaciones, Perón se enfrascó en un tira y afloje con el presidente, que en el corto plazo perjudicó a los dos. A Lanusse, porque fue evidente su fracaso ante Perón; a Perón, porque su llegada a la presidencia se demoró varios meses como consecuencia de las medidas dispuestas por Lanusse para obstaculizarla.

Para complicación de Lanusse y de Perón, durante 1972 y comienzos de 1973 creció notablemente la actividad guerrillera. Peor aún, ésta era vista con buenos ojos por la mayoría de la población, a la que importaban menos sus objetivos últimos - la toma del poder para llevar a cabo una revolución cuyo modelo era Cuba- que las consecuencias inmediatas -el hostigamiento de los militares en retirada-. Lanusse, además de su confrontación con Perón, tenía que mantener unido su frente interno. Esta no era una tarea sencilla. Las tensiones dentro de las Fuerzas Armadas podían advertirse tanto por el levantamiento de algunas unidades en Azul y Olavaria a fines de 1971, como en la implementación por algunos oficiales de los métodos de represión aprendidos de los franceses. Una manifestación de esas tensiones fue la respuesta violenta a la fuga de los principales dirigentes guerrilleros de la prisión de Rawson en agosto de 1972, cuando algunos guerrilleros, que no habían podido unirse a los fugados, fueron muertos en una base de la Armada cercana a Trelew, en una acción de la que esa institución no pudo dar una explicación convincente.

PERÓN: EL REGRESO

Por un cálculo político cuyo precio pagaría al llegar al poder, Perón confió en lograr el apoyo de un pueblo irritado con los militares, irritándolos. El antiguo general que se describía a sí mismo como un "león herbívoro", decidió que era la hora de volver al país para sellar las alianzas que llevarían al triunfo a su partido y para mostrar a los militares que la democracia por la cual habían luchado implicaba necesariamente su retorno al poder. En noviembre de 1972, después de diecisiete años y dos meses en el exilio, transcurrido desde enero de 1960 en la España de Franco, Perón regreso a la Argentina. Apenas un mes estuvo en el país, en la casa de la calle Gaspar Campos, de Vicente López, que le había comprado su partido. Allí recibió a un antiguo adversario, Ricardo Balbín, quien, para eludir la concentración de seguidores del general, salto la tapia –real y simbólicamente- desde una casa vecina. Muy cerca, en el restaurante Nino, de Avenida del Libertador, Perón se reunió con el arco casi completo de los partidos políticos en lo que pareció una redención de pleitesía de los futuros vencidos, pero que también era la ceremonia de su investidura como político.

Tras su breve permanencia en el país, Perón regreso a España. Dejo como candidato a la presidencia a su ultimo delegado personal, Héctor J. Cámpora, un hombre a quien las malas lenguas asignaban una fidelidad canina a Perón, pero al que las circunstancias habían puesto demasiado cerca de Montoneros. En las elecciones del 11 de marzo de 1973, las primeras elecciones tras ocho años de abstinencia, Cámpora obtuvo casi el 50% de los votos. Aun cuando en la campaña de los Montoneros y sus organizaciones aliadas fueron mas visibles que sus antagonistas sindicales, desde el mismo momento del triunfo de Perón se preocupo por desengañarlos de cualquier ilusión que se pudiesen hacer de que ellos, y no el, llegarían al poder. Mientras el país se preparaba para la difícil transición de un gobierno de facto a otro democrático, complicada por la continuación de los actos de violencia de las organizaciones guerrilleras, Perón iniciaba un operativo de clarificación de su poder: a las declaraciones de un dirigente juvenil vinculado a Montoneros a favor de las milicias obreras, respondió con su exclusión de la fantasmagórica conducción del Movimiento Peronista; a la visita que le hicieron los dirigentes Montoneros, respondió explicándoles que su lugar no estaba en el gobierno sino en una rediviva Fundación Eva Perón. A través de su secretario, el todavía ignoto Jose Lopez Rega, les hizo saber que si no se desarmaban voluntariamente, sabía como derrotarlos. Los dirigentes de la guerrilla Peronista, en su hora de triunfo, no tenían por que escucharlo. Mucho menos el ERP, la guerrilla no peronista, que en una carta al nuevo presidente dejo expresa constancia de que su lucha no cesaba. Pronto se descubriría que, en efecto, la vuelta a la democracia no significaba el fin de la guerrilla.

El 25 de mayo de 1973, el presidente elegido por el pueblo asumió la presidencia. Se cerraba de esta manera no solamente un periodo de excepción que había durado siete años, sino también un período de reconstrucción democrática de casi dieciocho años. El peronismo volvía al poder como un partido democrático, elegido por el democrático método del voto popular. Esos dieciocho años de dificultades habían servido para que los otros actores reconocieran finalmente al peronismo como una pieza clave del orden político, pero también para que el peronismo, y especialmente Perón, reconocieran que el orden político debía basarse, como querían sus adversarios, en la tolerancia del disenso.

La democracia, como la entendía Balbín, había sido restaurada, pero quedaban varios dilemas por resolver: primero, el papel de Perón; segundo, el papel de los militares; tercero, el papel de la guerrilla. El primer dilema se resolvió con el regreso definitivo de Perón al país, el 20 de junio de 1973. En menos de un mes, tras la renuncia de Cámpora, inició el camino hacia su tercera presidencia, que obtuvo en las elecciones del 23 de septiembre, con casi el 62% de los votos. El segundo dilema, el papel de los militares, se solucionó después de algunos equívocos. La conducción del Ejército había adquirido desde la asunción de Cámpora un matiz populista, que se manifestó sobre todo en la colaboración con la Juventud Peronista controlada por Montoneros en una operación de ayuda a zonas afectadas por inundaciones. A fines de

1973, ya presidente. Perón eliminó esa conducción en favor de otra más profesional y menos proclive a mezclarse con quienes él ya veía como sus principales enemigos, El tercer dilema, el papel de la guerrilla, no se resolvió tan fácilmente: las organizaciones guerrilleras, no sólo el ERP sino también las que se proclamaban peronistas, continuaron operando.

La ruptura de Perón con las organizaciones guerrilleras había comenzado en el mismo momento del triunfo electoral. Aunque en el pasado reciente hubiese admitido su fervor revolucionario, también había subrayado su compromiso democrático. Perón había dicho a todos cuanto querían escuchar, pero el tenía sus propias intenciones y no había hecho mucho por ocultarlas. Dentro de esa democracia restablecida, el poder derivaba de la voluntad popular expresada en el voto. Perón, que amaba el poder, no tenía por qué arriesgar el que había conseguido de esa manera, con tanto esfuerzo, en nombre de un proyecto que, ya antes de las elecciones pero con mayor claridad aun después de su regreso, dejó saber que le era ajeno. En su propio proyecto, el que lo había desvelado desde su caída, las guerrillas que le manifestaban su adhesión no eran solamente una adición tardía sino también una molestia. Ellas reproducían, ahora en torno del "socialismo nacional", la dicotomía peronismo-antiperonismo a la que Perón había logrado enterrar con su abrazo a Balbín. Las guerrillas peronistas no comprendieron la nueva mecánica política que la democracia imponía, ni aceptaron pasivamente el ejercicio del poder por Perón. Por un lado, refirieron su confianza en las movilizaciones masivas mas que en la representatividad de las instituciones. Por otro, reaccionaron con violencia contra el símbolo de otrora reencarnado en un político que luchaba por el poder, incluso contra ellos.

Ejemplo de lo primero fue la conducta de las organizaciones guerrilleras peronistas en la masiva manifestación del 20 de junio en Ezeiza: ignorando una distancia que hasta poco antes habían sabido reconocer, se creyeron no ya vanguardia sino el pueblo mismo y como tal, con derecho a hostigar con estudiada espontaneidad al aparato de seguridad que Perón había dispuesto para su custodia personal. Peor que las consecuencias de la reacción del aparato fue la derrota política: las palabras de Perón de esa noche y de la siguiente dejaron en claro a todos los oyentes que quisieron entenderlo quiénes eran los nuevos contendientes por el poder. Ese fue el punto de inflexión, como reconoce un miembro de la conducción montonera en sus memorias: en la solapada lucha de un año con Perón, los Montoneros sólo cosecharían derrotas.

Ejemplo de lo segundo fue el asesinato de José Ignacio Rucci, secretario general de la CGT, dos días después del triunfo de Perón en las elecciones presidenciales. Esa fue la acción de mayor envergadura política de Montoneros y FAR (que poco después se fusionaron bajo el nombre de Montoneros) en 1973 y su acción de mayor complejidad militar hasta entonces. En el lenguaje montonero "había que tirarle un cadáver a Perón" para advertirle que aún debía tenerlos en cuenta. Para Perón, esa parte de la "juventud maravillosa" ya había dejado de serlo y sólo quedaba contestarle del modo

que les había anunciado en abril a través de su secretario. En los ocho meses y medio de su presidencia se preocupó por hacérselos entender

Perón asumió la presidencia el 12 de octubre de 1973, acompañado en la vicepresidencia por su tercera esposa. La incógnita acerca de los motivos de Perón para elegirla también como compañera institucional aun no había sido despejada. Las circunstancias posteriores sólo complicaron la respuesta. La tesis cínica, indemostrable: es que quiso vengarse del fracaso que su segunda esposa había sufrido en su intento de alcanzar esa posición. La tesis realista, subraya la soledad política del exiliado y las consecuencias de su técnica pendular de conducción: sólo gente para el inocua, cuya existencia política dependía completamente de su voluntad, ampliaba su espacio político y le evitaba cedérselo a miembros de fracciones enfrentadas de su movimiento. Si algún rasgo de cinismo se atisba en esta explicación, debe recordarse su predilección por Ricardo Balbín, cuyo extremo apego a las formalidades de la vida interna del radicalismo impidió que participara en semejante artificio político. Alguna virtud había visto Perón en ese antiguo adversario de torcida prosa como para seguir buscando en su lecho de muerte, infructuosamente, la forma de instalarlo en la presidencia (como afirma el libro póstumo del periodista mejor informado de esa hora).

Perón gobernó hasta su muerte, el 1° de julio de 1974. Su fugaz paso por la presidencia tuvo, en mas de un sentido, consecuencias decisivas para la política Argentina. Por un lado quedo claro que el peronismo estaba plenamente integrado a la constelación democrática y que Perón pensaba que debía aprender de la oposición a comportarse correctamente dentro de ella. Por otro, también quedo claro que veía a la guerrilla como el principal problema por resolver, por las buenas o por las malas. Por las buenas, mediante una reforma de la legislación penal para dificultar la acción guerrillera, que promovió en enero de 1974; por las malas, a través de acciones políticas que provocaron la caída de los gobernadores de Buenos Aires, Córdoba y Mendoza, aliados de Montoneros, y del comienzo de las acciones directas del hostigamiento a esa organización, que solo tras su muerte llevaron a la marca de la Triple A. En un mismo día, el 1° de Mayo de 1974, Perón, actor central de tres décadas de política Argentina, clausuro el pasado con su elogio a la oposición en el discurso de apertura de las sesiones ordinarias del Congreso e inauguro el futuro con la expulsión de los Montoneros de la Fiesta del Trabajo celebrada esa misma tarde en la Plaza de Mayo.

Así se cerró un período crucial de la historia argentina reciente con el regreso del peronismo al poder, con Perón como su líder, aceptado por todos los otros actores políticos, en el contexto de la reconstrucción democrática. Semejante final no era inevitable: Perón podría haber muerto en el exilio y el peronismo podía haber demorado mucho tiempo más en integrarse al orden político democrático o podría no haberse integrado jamás. Que nada de esto sucediera se debió a decisiones tomadas en el curso de esos dieciocho años de enfrentamientos, que llevaron a los adversarios a encontrarse en

el terreno común de una democracia cuyos principios, finalmente, compartieron. Sólo en ese momento se unieron en un único orden las dos concepciones de la libertad como capacidad de ejercitar los derechos civiles y como afirmación de la dignidad personal- que Germani había identificado como la grieta que cortaba a la sociedad argentina en 1955. Esa concepción unificada de la libertad chocaba contra quienes la negaban. Quedaba pendiente, por lo tanto, el problema que presentaban los adversarios de la democracia, la guerrilla peronista y la no peronista, cuya propia naturaleza los excluía de ese acuerdo. Perón no pudo solucionar ese problema en el plano militar (aunque sabía cómo hacerla: "al terror no se lo vence sino con otro terror superior", había dicho en los momentos iniciales de su exilio), pero al menos antes de morir lo resolvió en el plano político, al definir claramente la orientación democrática de su movimiento. Sólo restaba pacificar el país para consolidar el pleno ejercicio de esa libertad.